
Quince grandes cuestiones

CARMEN IGLESIAS
ABC, 22 DE NOVIEMBRE DE 2000
ESPAÑA

A partir de los años ochenta, una verdadera explosión cultural ha contribuido a cambiar la vida y la imagen de España dentro y fuera del país. En el nuevo clima que se crea a partir de la transición, la cultura y las artes adquieren una nueva dimensión popular y una extensión masiva, que no se había conocido nunca. El espectacular desarrollo de la oferta y de la demanda de arte u cultura va acompañado de importantes obras de infraestructura por parte de los gobiernos regionales y nacional y, por lo que respecta a la labor creativa, es inseparable de lo que se ha llamado una “convivencia ecléctica” entre distintas escuelas, tendencias y generaciones. La masificación supone, en prácticamente todos los campos de la cultura, la educación y los acontecimientos artísticos, un profundo cambio cultural, que naturalmente trae consigo unos costos en cuanto a cierta canalización, a la confusión frecuente entre “comportamientos” y “cultura”, a la pérdida general de cierta profundidad a favor de la efímera actualidad. Sin embargo, la liberación con la democracia de corsés ideológicos dictatoriales permite a los creadores y artistas, y al mundo intelectual, el general, desarrollar su talento individual y sus niveles de excelencia sin la obligada cuenta de tener que “dar testimonio”, a favor o en contra, por motivos y con objetivos políticos directos y concretos. Pues, como vio lúcidamente ya Benjamín Constant, la marca de toda dictadura es ese “obligar a hablar”, esa constante y trágica tensión para evitar la degradación moral a la que conduce todo régimen extremadamente autoritario y todo sistema totalitario, como ha demostrado la experiencia del siglo XX.

La cultura española actual tiene, pues, los mismos problemas y parecidas ganancias a las del resto de los países europeos y occidentales. Plenamente integrado el país en la modernidad –y en la normalidad democrática- de todos los de su entorno, la perspectiva optimista que se desprende, a pesar de la existencia inevitable de problemas graves y menos graves, en la mayoría de los ciudadanos a través de sondeos y encuestas –y del propio desarrollo económico, social y cultural apreciable directamente- está basada en la existencia de una sociedad que ha ganado en confianza en sí misma, en conocimiento y en cultura. También ha adquirido una cultura política antes inexistente, en línea con el resto de los países europeos. Uno de los parámetros que una y otra vez reflejan estos sondeos es la altísima valoración que la institución monárquica posee para una gran mayoría de españoles y el justo prestigio internacional que el Rey y la Familia Real tienen en el exterior. A la pregunta de hasta qué punto está asentada la Monarquía en nuestro país y no solamente un “juancarlismo” hasta cierto punto pasajero, los citados sondeos responden, en contra de todo tópico, con la apuesta de una continuidad que deposita en el Príncipe Heredero la confianza y la riqueza simbólica otorgada a la institución regida por S.M. el Rey.

Los españoles, en una gran mayoría, han aprendido de la experiencia que todos los países occidentales han vivido en la segunda mitad del siglo XX. Los excesos instrumentales de unas políticas y unas ideologías que, en nombre del “hombre nuevo” y de una sociedad más justa, han marcado este siglo como un siglo de crímenes genocidas, de guerras civiles y de gobiernos populares que sometían dictatorially a los ciudadanos “por su propio bien”, han vacunado a buena parte de las sociedades occidentales contra aventuras políticas que terminan en lucha pura y dura por el poder, en totalitarismos y dictaduras personales. Los españoles no hemos estado al margen de

toda esta evolución histórica y, en conjunto, hemos aprendido el valor y la importancia de la flexibilidad de unas instituciones capaces de adaptarse a las particularidades históricas de cada país. La arquitectura institucional, modelada de acuerdo con la experiencia histórica, de una Monarquía parlamentaria, en la línea de buena parte de los países desarrollados y prósperos del resto de Europa, ha supuesto para España y los españoles un referente de equilibrio, moderación y símbolo insustituible del juego entre tradición e innovación del que los seres humanos, culturalmente, nunca pueden prescindir. La reinstauración de la Monarquía, en régimen parlamentario y no únicamente constitucional como había sido en el siglo XIX y principios del XX, ha presidido y acompañado, con una sobresaliente inteligencia y sensibilidad política por parte de S.M. el Rey, uno de los periodos de transformación fundamental de nuestro país. Acorde con la variabilidad que expresan las democracias europeas en la configuración histórica concreta con la que cada país organiza sus instituciones y su forma de Estado, la cultura de los españoles ha integrado de forma natural los valores que la Corona representa en su dimensión simbólica, integradora y moderadora. La cultura y las artes en todos sus campos se ha desarrollado, cuando se analiza en una perspectiva histórica, acompañada de ese subsuelo de comprensión y aceptación de unos valores intangibles –políticos en sentido profundo, y no ya politizados de forma maniquea en blanco y negro-, que configuran un modo de vida colectiva acorde con algunas de las más prósperas y desarrolladas naciones de nuestro entorno. Racionalidad instrumental y racionalidad expresiva y simbólica se han unido en la institución de la Monarquía parlamentaria, que ha contribuido decisivamente a una nueva percepción de sí mismos de los españoles y a una proyección exterior de España de indiscutible prestigio. Una cultura pluralista, más confiada, más segura, sin corsés represivos, es síntoma de un país normalizado, integrado culturalmente en Europa, con unos niveles de prosperidad y crecimiento –y también de nuevos problemas y obstáculos- que no es nada distinto de lo que está ocurriendo en el resto de los países europeos y occidentales. Por primera vez después del largo periodo del franquismo, España es plenamente moderna. La aceptación de una Monarquía como la española, que ha sabido ser en la figura del Rey impulsora de los cambios y al tiempo ha dado un elemento básico de estabilidad a la arquitectura institucional, se vive por la mayoría de los españoles no como algo distante y distinto, sino como al propio que ha tenido la capacidad de saber enlazar con las sensibilidades y preocupaciones de fin de siglo, y lo ha hecho de una manera natural, sin grandes alharacas. Supone, en esa cultura política adquirida con la democracia, un factor de integración fundamental como pieza maestra de la unidad del Estado y al tiempo garante del Estado de las Autonomías. Supone también, en un mundo acelerado como el del cambio de milenio, un actor de estabilidad, pero no estático, que ha acompañado al profundo cambio cultural vivido, la eclosión de artes y de búsqueda de nuevos caminos, y que ha mostrado siempre una atenta y apasionada acogida y protección por los creadores, artistas e intelectuales de todos los sectores, haciendo realidad la apuesta clara que hizo el Rey desde el primer momento de serlo de todos los españoles. Y así lo ha conseguido.

Carmen Iglesias, suplemento especial del diario ABC, con motivo del XXV Aniversario de la Proclamación de S.M. el Rey